

provincia de Guipúzcoa.» De él para nada se acuerdan nuestros historiadores de Bellas Artes; y sin embargo, sus lienzos de Santa Isabel de Portugal y Santa Rosa de Viterbo llaman la atención por la transparencia y viveza del colorido, inspirado en la escuela sevillana. En cambio, le otorga decoroso lugar la república de las letras, al par de los más modernos Larramendi y Astarloa, por sus notables *Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra*, que salieron el año 1607 de la imprenta del buen Henrico Martin, con retrato del autor, hecho por él mismo, ostentando en su mano el pincel y la pluma. Introduce allí la lengua eúscara en forma de matrona, que se queja de que, siendo la primera que se habló en España, y por toda ella generalizada, la hayan venido á olvidar sus naturales. (161)

Entretanto, solo á manejar los colores que roban su luz al sol y su hechizo á la naturaleza, vivían dedicados el gran Concha, el celebrado Franco y el diestro Cháves, á quien llamaban el del pincel divino, juntamente con su mujer y su hija; aquella, en la hermosura, Marcia; y ésta, en la gracia y buen aire del dibujo, émula de Irene la del ateniense Cratino. (162)

CAPITULO XVI.

Donde concluye la materia del anterior.

1609-1610

El cerco de los médicos, dejada la mula, pero no los guantes, era de oír trayendo á un compás las estrellas y las plantas, los coluros y los tabardillos. Envaneciáanse por aquellas calendas con la pomposa denominacion de *filósofos, médicos y astrólogos*; y si bien todos ganaron más con los enfermos que los enfermos con ellos, no carecian de ingenio, de aplicacion y doctrina. El Dr. Cárdenas, catedrático de visperas, daba en este año de 1609 á la estampa un suculento libro *Del chocolate, qué provecho haga, y si es saludable*. Damian González de Cueto, mexicano y también catedrático, habia ocupado poco ántes las prensas de nuestro inolvidable hidráu-

lico é impresor de libros Henrico Martin, con varios tratados médicos y alguna oracion fúnebre latina. Y Juan de Barrios, nacido no léjos de Madrid, y discípulo del célebre Dr. Carrero, en Alcalá, dábase á conocer sacando á luz su *Verdadera medicina, cirugia y astrologia*, donde la oscuridad de los oráculos délficos se compensa con lo diáfano de las alabanzas al ingenio, estudios y prendas de los mexicanos. (163)

Por otra parte, los estadistas y repúblicos facilitaban al curioso no menor advertencia.

Asunto, en verdad, inagotable era para la observacion y discurso el gobierno de imperio tan vasto, con doscientas leguas de travesía Norte á Sur, y cuatrocientas de Oriente á Ocaso, partido en cuatro audiencias y ocho sillas episcopales. (164) De buen temple el cielo, siendo todo el año allí mayos y abriles; fértil la tierra, espontánea y maravillosamente en no pocos lugares; rica en ganados, trigo y maíz, cochinita, algodón, cacao, añil, caña de azúcar, vainilla y tabaco; salvo aceite y vino. Discurríase con provecho en esas bien intencionadas conversaciones, acerca de tener viva siempre la contratacion con todo el mundo, cuyos rincones más remotos se comunicaban, correspondian y carateaban en el término de un año, con la floreciente ciudad de las lagunas. Desplegábase dis-

creto celo en ver de conservar las artes y oficios de los antiguos mexicanos, y en acrecentarlas con las más útiles é ingeniosas de asiáticos y europeos;

Entra una flota, y otra se despide,
De regalos cargada la que viene;
La que se va, del precio que los mide.

Hablábase del oro hilado, que con las volitarias hebras centelleando al reflejo de la luz, entretiene tantas manos bellas; de los ardientes hornos en que se acendra el cristal; de los neocíclopes forjadores de empavonados arneses; de los que afinan las aceradas puntas de sutiles agujas, multiplicándolas como sus arenas la mar; de los que pintan cada dia mil barajas, con que hacer desatinar al más cuerdo; y, en fin, de cuanto derramaba por todas partes la abundancia y la vida. No hace un siglo (me parece que les oigo decir) esto era chozas humildes, lamas y laguna; y sin quedar terron inhiesto, se ha levantado tanta grandeza de edificios y calles á pié enjuto, bien comparadas todas á las de un tablero de ajedrez, cuadra á cuadra, y pieza á pieza. Ni hace cuarenta años que, siendo treinta mil las casas de los indios, á tres mil no llegaban las de los españoles. Pues contadlas hoy, casi dobles en número, llenas de hermosura; y, como dice el poeta,

Donde hay alguna, en ellas, tan altiva,
Que importa de alquiler más que un condado,
Pues da de treinta mil pesos arriba.

En 1570 solo habia seis conventos, los tres de frailes y los otros de monjas; ya suben á cuarenta y dos, y pasan de ciento los oratorios, ermitas y santuarios. Tenemos diez ricos hospitales generales, y muchos privados, en donde reina la caridad, la abundancia y la limpieza. Fuera de los monasterios, la pública enseñanza cuenta con la Universidad, tres colegios famosos y más de ochenta doctores graduados. ¿En dónde se ha visto una iglesia catedral más servida de doctores ni de tesoro mayor de verdades? ¿Dónde tantas obras pias, tantos confesores y jubileos, tantos sacerdotes honestos y ejemplares, tantas monjas llenas de Dios, tantos mercaderes de piadosas entrañas, tantos braceros pacíficos? Empuñan el bastón de vireyes los más generosos y mejor nacidos caballeros de España; ciñen la mitra los más santos; ocupan las cuatro plazas de alcaldes de corte los más rectos é inflexibles, los oficios de la caja Real, casa de fundición y de moneda los más íntegros; el corregimiento los más sabios; y el concejo y el consulado los más ancianos y prudentes. Mayor riqueza de lealtad y de fe guardan las llaves del Tesoro Real que de plata y oro. Mientras los

asilos de la virtud ¡quíralo Dios! continúen poblados de gigantes, no que humanos, en letras, santidad y ejemplo; y en los tribunales impere la justicia sin contemplacion á dignidad ó estado, no habiendo para ellos secreto oscuro, ni grave delito impune; miétras veamos ser la ciudad museo de las ciencias, cofre de joyas, fuente perenal del ingenio, piélago de gente, coro de las Musas, cielo de ricos y patria de honrados, en ánimo ilustres, liberales en hechos y en seso incomparables, sueñe en buen hora con sembrar entre nosotros la zizana el holandés astuto; que no lo alcanzará, por más que se jacte de que, si sabe robar al intratable mar su lecho arenoso, mejor sabrá destruir nuestra union y ventura. (165)

Somos los criollos de complexion robusta y colérica, animosos, atrevidos, agudos, y en todas ciencias y artes muy perfectos; de ánimo inquieto, amigos de nuestro parecer y sufridores de trabajos. (166) Pues bien: tomemos ejemplo de los cielos, que, volteando sin descansar, mantienen en admirable concierto y equilibrio la máquina del universo. Que la pereza, la hidrópica y mortífera sed de novedades, y el fratricida envidioso afán de enriquecer á tuerto, no llegue á infernar jamás nuestro corazon, á esterilizar nuestro espíritu y enflaquecernos, entre-

gándonos atados de piés y manos al codicioso é inclemente pirata. Gocémonos en ver, como dice el poeta, que nuestra ciudad ilustre, rica y populosa,

Libre del fiero Marte y sus vaivenes,
En vida de regalo y paz dichosa,
Hecha está un cielo de mortales bienes. (167)

Animémonos á suplicar al buen rey D. Felipe que no desengaste de su corona Real las doscientas noventa y ocho poblaciones indianas, con ciento cincuenta y dos mil ciento cuarenta pesos de oro por tributo anual, que en Nueva España le quedan todavía; harto es ya haber encomendado á personas particulares trescientos cuarenta y siete lugares de indios, cuyos tributos valen, destarado el diezmo, trescientos setenta y siete mil setecientos treinta y cinco pesos de oro comun en cada año. En los sesenta que van trascurridos, hemos enviado al Viejo Mundo doscientos cincuenta millones, sacados de nuestras minas, doble cantidad de plata de la que rinde toda Europa; quizá pocos le parezcan, pues no hay tesoros bastantes para saciar la humana codicia. (168)

Estas ú otras no ménos bien intencionadas conversaciones, siempre con datos los más seguros, ya olvidados ó enteramente desconocidos, imagi-

no yo ocuparan á repúblicos y estadistas, concluyendo por elogiar la fortuna y paternal gobierno de los pasados vireyes,

Y de los dos Velascos, muerto y vivo,
El dulce trato, discreción y seso,
Prudencia afable, entendimiento vivo. (169)

Era, con efecto, el Virey D. Luis de Velasco brillante corona y realce de aquella dichosísima ciudad, convertidos en muy apacible liceo los salones y frondosos verjeles de su palacio, á la suave luz de la clara luna y de infinitas y valientes hachas de cera. Allí ciencias y artes liberales, y la gustosa variedad de todas las especies de poesía, desplegaron sus galas más esplendorosas, porque este egregio varon de la casa del Condestable, promovedor activo de industriales fabricas en su primer gobierno desde 1590 á 1596, quiso atender en el segundo de 1607, juntamente que á los intereses materiales, á los del espíritu, siempre fecundos en portentosos resultados. (170) Y harto se le alcanzaba que, siendo la perfeccion del idioma el barómetro de la cultura de un pueblo, en palacio debia poseer riquísimo templo la hermosa lengua castellana, tan amorosamente cultivada y pulida en toda la ciudad:

En donde se habla el español lenguaje
Más puro, y con mayor cortesanía,

gándonos atados de piés y manos al codicioso é inclemente pirata. Gocémonos en ver, como dice el poeta, que nuestra ciudad ilustre, rica y populosa,

Libre del fiero Marte y sus vaivenes,
En vida de regalo y paz dichosa,
Hecha está un cielo de mortales bienes. (167)

Animémonos á suplicar al buen rey D. Felipe que no desengaste de su corona Real las doscientas noventa y ocho poblaciones indianas, con ciento cincuenta y dos mil ciento cuarenta pesos de oro por tributo anual, que en Nueva España le quedan todavía; harto es ya haber encomendado á personas particulares trescientos cuarenta y siete lugares de indios, cuyos tributos valen, destarado el diezmo, trescientos setenta y siete mil setecientos treinta y cinco pesos de oro comun en cada año. En los sesenta que van transcurridos, hemos enviado al Viejo Mundo doscientos cincuenta millones, sacados de nuestras minas, doble cantidad de plata de la que rinde toda Europa; quizá pocos le parezcan, pues no hay tesoros bastantes para saciar la humana codicia. (168)

Estas ú otras no ménos bien intencionadas conversaciones, siempre con datos los más seguros, ya olvidados ó enteramente desconocidos, imagi-

no yo ocuparan á republicos y estadistas, concluyendo por elogiar la fortuna y paternal gobierno de los pasados vireyes,

Y de los dos Velascos, muerto y vivo,
El dulce trato, discrecion y seso,
Prudencia afable, entendimiento vivo. (169)

Era, con efecto, el Virey D. Luis de Velasco brillante corona y realce de aquella dichosísima ciudad, convertidos en muy apacible liceo los salones y frondosos verjeles de su palacio, á la suave luz de la clara luna y de infinitas y valientes hachas de cera. Allí ciencias y artes liberales, y la gustosa variedad de todas las especies de poesia, desplegaron sus galas más esplendorosas, porque este egregio varon de la casa del Condestable, promovedor activo de industriales fábricas en su primer gobierno desde 1590 á 1596, quiso atender en el segundo de 1607, juntamente que á los intereses materiales, á los del espíritu, siempre fecundos en portentosos resultados. (170) Y harto se le alcanzaba que, siendo la perfeccion del idioma el barómetro de la cultura de un pueblo, en palacio debia poseer riquísimo templo la hermosa lengua castellana, tan amorosamente cultivada y pulida en toda la ciudad:

En donde se habla el español lenguaje
Más puro, y con mayor cortesania,

Vestido de un bellissimo ropaje
Que le da propiedad, gracia, agudeza,
En casto, limpio, liso y grave traje. (171)

Y ahora se me viene á la memoria, al copiar estos versos, que todavía en aquellas palacianas tertulias y academias tuvo el gusto de alcanzar ALARCON al célebre cantor de la *Grandeza Mexicana* y de la victoria de Roncesvalles, al virgiliano Bernardo de Valbuena, en los momentos de despedirse para tomar posesion de la abadía de Jamaica. Ornaban su frente los laureles de tres certámenes poéticos, habiendo en uno de ellos contendido con trescientos poetas y sido el último en elogio del virey D. Luis. Obsequiaron con sonetos al amigo que iba á ausentarse, el licenciado Miguel de Zaldiverna, mexicano, el doctor Antonio Avila de la Cadena, y Lorenzo Ugarte de los Rios, alguacil mayor de la Inquisicion. Leyó Valbuena al escogido Senado la égloga sexta de su *Siglo de oro en las selvas de Erifile*, que se estaba imprimiendo á la sazón en Madrid.

¡Con qué emocion debió recitar el párrafo en ella consagrado á la ciudad que le llenó de alegría las horas de la niñez, y de ilusiones dulcissimas las de la juventud; á la ciudad que un año y otro y otro, hasta doce, estuvo recordando con pena, al arrimo de duro troneo, en el remoti-

simo desierto de San Miguel de Culiacan, sin más distraccion que la de algun pájaro solitario ó la temerosa imágen y espantosa figura de algun indio salvaje, de suelta y negra cabellera, saltando arco en mano por los riscos! Una furtiva lágrima seguramente se deslizó por su mejilla al despedirse tercera y quizá última vez de aquella su verdadera patria, «contemplando (hè de copiar al autor) sus ilustres ciudadanos, sus galanes y ataviados mancebos, como unos valientes y poderosos centauros, sobre lozanos y revueltos caballos cubiertos de guarniciones y jaces de oro; sus hermosísimas y gallardas damas, discretas y cortesanas sobre todas las del mundo; los delicados ingenios de su florida juventud, ocupados en tanta diversidad de loables estudios, donde, sobre todo, la divina alteza de la poesía más que en otra parte resplandece.» (172)

Verdaderamente florida y rica en decoro y amor al estudio era aquella juventud, cuyos bizarros ejercicios alentaban á nuestro DON JUAN para romper la muda prision de sus labios. Allí el generoso agustino Fernan Bello de Bustamante deleitábase en dar á conocer los *Coloquios espirituales y sacramentales, cánticos y poesías profanas* de su difunto amigo Fernan González de Eslava, (173) que se publicaron en dos tomos al año siguiente de 1610. Allí tenían las musas

latinas diestros cultivadores en los jesuitas Bernardino Llano, Mateo de Castroverde y Pedro de Flores, retórico y profesor de letras humanas. (174) Los tenían asimismo en el mexicano Cristóbal Sánchez de Guevara, abogado de fama, que, enviudando, se hizo clérigo; llegó á chanfre, y murió desangrado por un descuido, á 7 de Noviembre de 1644; y en el raro y temprano ingenio de su conterráneo Juan Alavés, mercenario, que á los trece años de su edad (1603) se opuso en la Universidad á la cátedra de Retórica. Tanto fatigó luego en la enseñanza de Latin, Humanidades y Teología; tanto en difíciles puestos de su Real y militar orden redentora, que ántes de cuarenta años vino á perder el juicio. Acometido por uno de los furiosos arrebatos, se arroja de alta ventana al patio del convento, quedando sin esperanza de vida; y ¡caso extraordinario! la recobró á deshora, y con ella la salud y el juicio, viniendo á ser aun más cuerdo que ántes, pero también más incansable poeta. (175) El bachiller Arias de Villalobos, sacerdote, componía fáciles epigramas latinos y castellanos; en verso una historia mexicana desde la venida de los Acolhuás; y en prosa, la de la casa de Austria. (176) Ni Cristóbal Hidalgo Vendabal, primero entre los catedráticos de Medicina y en las ciencias quirúrgica y anatómica excelente; ni

Pedro Martínez, tuerto de nacimiento, doctor en ambos Derechos y catedrático de Instituta y prima de Leyes, incansable farraguista de juicios, testamentos y decretales; ni aquel tan honrado juriseconsulto Juan Cano, tuvieron empacho en arrojarse á coger públicamente

Del agua de Castalia y de Helicon.

Luis Carrillo y Alarcon, gobernador de los Estados del Marqués del Valle, los criollos Arrarte, Medina y Barrientos, Cristóbal Núñez y Cristóbal Porcel escribían galanos y atildados versos, como su compatriota Luis Gonzalez de Zárate, suelto en las décimas, y en los epigramas sazonado. (177) El bachiller Francisco Bramon gozaba en discurrir escenas pastoriles, teniendo por modelo y pauta la *Galatea* de Cervántes. (178) Y el bachiller Ayrolo Cálzar, hijo de un escribano literato, disponíase con excelentes canciones al arzobispo Don Fray García Guerra, al Marqués de Montesclaros, á Guzman el Bueno y á Felipe III, para arrancar elogios al gran Lope de Vega; no queriendo ser ménos que Baltasar Orena y Francisco de Terrazas, á quien alabó Cervántes cuando de la region antártica se propuso

Eternizar ingenios soberanos;
Que si riquezas hoy sustenta y cria,
También entendimientos sobrehumanos, (179)

Don Juan Ruiz de Alarcon.—17

Francas siempre estuvieron las puertas de aquellos reales palacios (como los llamó Valbuena) para la hidalgúa de la sangre, para la aplicacion y el ingenio, para la ciencia y la virtud. Entre sus mejores ornamentos, á la sazón, contaba á D. Fernando de Alva Ixtlixochil, nieto de los reyes Acolhuás, nacido en Tetzcuco, famosa capital de aquel Estado. Nadie aventajó á este caballero en el conocimiento de la lengua, historia y antigüedades de su gente: verídico y puntual, nada escribió que no justificase con pinturas y mapas heredados de sus abuelos. Dióle título de regio intérprete el virey D. Luis, y le incitó á componer, como compuso, una *Historia de la Nueva España*, otra de los *Señores Chichimecas*, las *Relaciones históricas de la nación Tulteca*, y libros de no menor importancia. De ellos, áquel donde reunió las *Canciones heróicas*, y los *Sesenta himnos al Criador del universo*, escritos por el sabio Netzahuatl, rey de Acolhuacan ó Tetzcuco, vengador de su destronado y asesinado padre Ixtlixochil, y que supo, con auxilio de los tlaxcaltecas, recuperar el trono de sus mayores, ser leal amigo del rey de México Itzcoatl, y destruir al tirano de Atzacotalco (1437-1449). Su descendiente D. Fernando de Alva tradujo dos *Odas trágicas*, y leyó, con grande aplauso, á los ter-

tulios del Virey aquella, muy corta, en versos yámbicos y lengua nahual (ya se dijo ser mexicano docto), que dice de esta manera:

« La pompa del mundo se parece á la verdura de los sauces. Las aguas de los arroyos y de los rios jamás retroceden hácia la clara fuente-illa donde nacieron. Lo que ayer fué ya no es hoy; lo de hoy, ¿quién lo asegura para mañana? Llenos están los sepuleros de pestilente polvo, que ántes habia sido cadáveres venerables. Y esos cadáveres fueron ántes cuerpos con alma, que ocuparon tronos y gobernaron ejércitos aterradoros. Su gloria pasó como el humo que vomita Popocatepelt. ¿Dónde está ahora el prepotente Chiulchanetzin? ¿Qué fué del religioso Neca-jelt? ¿Qué se hicieron el pacífico Tolpiltzin (180) y la hermosa emperatriz Jiuhtzal? Os encogeis de hombros y decís: «Nada sé, nada sé.» Capitanes, aspirémos al cielo; allí nada se corrompe.» (181)

De esta suerte, con estos modelos, con estos hombres y con estímulos así eficaces, habiéndose muy pronto hecho lugar en el ánimo del Virey, iba nuestro D. JUAN DE ALARCON madurando y enriqueciendo su espíritu; que ninguna disposición natural basta á levantar y romper la inmovible losa abrumadora de los ingenios, en las sociedades embrutecidas ó ignorantes y rudas. Juicioso y profundo observador se mostró Gray,

al sospechar, entrando en el cementerio del aldea, que pueden verse enterradas bajo aquel solitario césped manos en quien el cetro de Alejandro y la cítara de Homero habrian cobrado mayor fama, á prestarles su auxilio vivificador la ciencia, y la sociedad estímulos poderosos.

Ciencia y estímulos rodeaban á RUIZ DE ALARCON por todas partes.

CAPITULO XVII.

Teatro de los antiguos mexicanos.—¿Le debe algo el nuestro español?—Alarcon se opone á cátedras en la Universidad de México.—Da en ella el vejámen al doctor Briciano, su amigo.—Fíale comisiones la Real Audiencia.—Ejerce el corregimiento de la ciudad.

1610

El bizarro cantor de la *Grandeza Mexicana* bien ha podido convencernos de cuánta era allí la afición al teatro. No diré yo que no subiese de punto, agujijoneada por la fama de lo mucho que suponian para la gran Sevilla los espectáculos escénicos; pero, aunque rudamente acondicionados, ya los tenia México ántes que descubriesen los españoles aquel no imaginado emporio, séase por tradicion de los primitivos pobladores, ó porque el hombre siempre es el mismo donde quiera, pues dice el florentino que *tuto il mondo è fatto como la casa nostra*; séase ya por el innato placer que siente al ridiculizar ó aplaudir casos raros, extrañas aventuras, nobles ó extravagantes